

El rincón más lejano

Autor: Aníbal Ricci Anduaga

*Un
gran abrazo
a María Eliana Huerta
que leyó el primer borrador,
rescató a los personajes de la oscuridad
e hizo posible
el despertar de esta novela*

A McLeod

Capítulo 1

Teresa vivió los primeros años inmersa en una familia de solo dos hermanos. Una vida tranquila si sus padres no hubieran cortado de raíz con los ancestros, abandonando el pueblo natal para irse al rincón más apartado del planeta.

Desde niña fantaseaba con su padre escapando de una guerra que ni siquiera estaba segura que hubiese existido. No entendía la razón del extraño acento de sus padres; tan diferente del que hablaba la gente de la televisión. Tampoco que cada día fuera una sucesión interminable de diálogos sin historia, sin abuelos ni primos ni familiares que los fueran a visitar. Todo transcurría dentro de los límites del patio y con los años las conversaciones matutinas se limitaron a “pásame la mantequilla”, o al mediodía “el aceite y la sal”.

El sábado era el único día que destinaban a las compras del supermercado. En contadas ocasiones iban a la plaza cercana y la madre no permitía que hablara con extraños. Teresa padecía un excesivo enclaustramiento, sin contacto con niños de su edad ni conocidos de los padres, aunque desde pequeña se inventó un amigo imaginario para sobrellevar la a veces dura realidad.

Con el hermano de sangre se mostraba distante porque le disgustaba su manera de ser. Discutían todo el día e invariablemente ella cargaba con la culpa de todo lo malo que sucedía fuera de la mirada de los padres. Siempre le encontraban la razón a Javier, el mayor, que se burlaba de Teresa a espaldas de la madre. Aprendió a temer sus malas intenciones y mantuvo esa actitud cautelosa desde la época en que el padre pareció extraviar el rumbo.

Los padres de Teresa solo ocuparán las páginas iniciales de esta *biografía*, memoria que comienza a gestarse a partir de la infancia. Los primeros años fueron tranquilos, alimentados por el amor que se profesaban los padres. La vida resultó muy satisfactoria al principio, pero las circunstancias atraparon al padre en un callejón sin salida y terminaron por provocar el colapso familiar.

La madre instaló una tienda de flores en un sector de clase media en la comuna de Maipú. A duras penas pagaba las cuentas de la casa, complementando los ingresos familiares con la pensión de invalidez del marido.

Iñaki era el más serio de mis primos. Me estrechaba la mano como si apenas me conociera. Los otros primos me saludaban de beso e íbamos directo a la plaza. Las niñas conversábamos sentadas en los columpios mientras los niños trepaban al resbalín. Iñaki era cinco años mayor y el único que se acercaba a nosotras. Hablaba principalmente con mis amigas y cuando me suponía distraída, preguntaba por mis padres y cosas

extrañas sobre mi familia. Se ponía rojo si lo miraba directamente. Mis primas se reían; yo solo pensaba que le era antipática. Las únicas veces en que se hacía notar era cuando alguno de los muchachos nos empujaba. Los paraba en seco y se hacía respetar. No peleaba con ellos, simplemente cambiaba el tono de su voz.

Pocos años duró la felicidad del matrimonio. A Iñaki se le manifestó un tipo de demencia que le había impedido trabajar. Teresa se vio obligada a acompañar a su madre. Desde muy temprano y hasta que anochecía, la ayudaba armando ramos de flores para gente que disfrutaba de la vida.

Javier buscaba subterfugios para no trabajar en la tienda. No tanto porque lo molestaran en el colegio; más bien se adivinaba en sus ojos el rencor hacia el negocio que lo apartó del alero materno. Idurre se aisló del mundo y sus hijos pasaron a ser unos extraños; en especial Javier, que ya no contó con el cariño de ella. Se vengaba haciendo pasar malos ratos a la hermana. Teresa no podía olvidar la rabia que sintió la vez que la culparon por un reloj de madera que el mismo Javier se encargó de romper.

En cambio Horacio siempre se preocupó de Teresa. Saltaban sobre los sillones y corrían por todas las habitaciones. Horacio hacía trampa cuando atravesaba las paredes y dejaba a Teresa arrinconada entre los muebles. Surgió de la mente de la niña y venía siendo el hermano que le hubiera gustado tener. Giraba alrededor de Teresa; el cómplice que la mantenía orbitando el hogar de sus padres en relativa paz. Teresa habitaba en la casa, pero se daba cuenta que no era un lugar confortable. Tenía tan

poca vida que ni el polvo se acumulaba en los sofás. Tampoco había olores en ese living, un ambiente frío que no despedía buenas vibraciones. Llamaba la atención el gran televisor que parecía observar los movimientos de la casa. Separado por un biombo se desplegaba un comedor con sillas de metal que relucían bajo el cristal de la mesa. Aquel resplandor era intenso en presencia de los comensales que casi nunca intercambiaban palabras. El padre ocupaba la cabecera cuando se encontraba en algún lapso de lucidez. Solo entonces dirigía la orquesta familiar, pero sus más que periódicos extravíos lo hacían ausentarse y Horacio aprovechaba la ocasión para acceder al puesto de privilegio.

Teresa compartió con Horacio gran parte de la infancia. Si bien no le hablaba durante los almuerzos, la entretenía con muecas e irreverencias dirigidas a Javier. Frecuentemente alguna cuchara catapultaba sopa al hermano cuando la fastidiaba con alguna impertinencia. Como el padre mostraba prolongados lapsus mentales, dejó de ser un modelo a seguir, y teniendo un hermano que jamás se preocupó de cuidarla, Teresa se educó a expensas de Horacio. La madre se ocupaba de trabajar y con el tiempo fue perdiendo la ternura. Notaba la existencia de Teresa solo al interior de la florería. Horacio la ayudaba escogiendo flores para los canastillos y fue adquiriendo cada vez más protagonismo en la vida de Teresa. Fue modelando, entre payasadas y consejos, la personalidad independiente y solitaria de la niña. Ni siquiera con el transcurso de los años Teresa comprendió a cabalidad la existencia de su amigo de la infancia. Horacio se convirtió en un compañero para soportar al mundo adulto que para ella

carecía de magia. Lo único que intuyó fue la necesidad de afecto. No tuvo otra alternativa que crear a alguien que la quisiera de verdad.